

# PARAÍSO

REVISTA DE POESÍA. NÚMERO 22. AÑO 2024

**FELÍU ARQUIOLA, ELENA (2023). OTRO AMOR  
SEVILLA: LA ISLA DE SILTOLÁ, COL. POESÍA.**

**CRISTINA CASTILLO MARTÍNEZ**

Quien haya leído *Las palabras y los días* (2004), *Secreta arquitectura* (2006), *Poemas en el margen* (2015) o *Anuario* (2022) sabrá de la cuidada hechura de los versos de Elena Felíu Arquiola, de su fluir sin tropiezos por la inmensidad de la página blanca y de la mirada que extiende sobre la vida en el inesperado giro de sus meandros. A esa misma precisión responde su quinto libro que presenta, desde el título, una fecunda dilogía. Con ella trata de la experiencia amorosa, fijándola como relato poético de lo que fue y de lo que queda antes de que encalle en la piel de la memoria, se disuelva en un aparente olvido o se transforme en otra cosa, pues «No se puede hacer arcilla pura con el barro del tiempo», como dijo Bernard Malamud en *Las vidas de Dubin* (Barcelona: Plaza & Janés, 1981, 28).

En *Otro amor*, hay 45 poemas y una sosegada reflexión sobre el ocaso de lo vivido expuesta a lo largo de cinco secciones que sorprenden en sus epígrafes («Crónica», «Espacio vacío», «Petrología», «Propiedades mecánicas», «Otro idioma»). La primera reúne doce composiciones nombradas a través de elocuentes sustantivos que no precisan adjetivación: «Promesa», «Verano», «Madrugada», «Presencia», «Premonición», «Observación», «Fragilidad», «Avidez», «Rescate», «Diagnóstico», «Soledad» y «Resistencia». Me detengo en ellos porque, además de lo dicho en los versos que cada uno abraza de forma independiente, la suma consecutiva de todos ellos permite una lectura alternativa y sintética del proceso amoroso. Un punto de partida que se resuelve en la mutación del vacío en un nuevo idioma, que es a la vez el amor construido entre dos y también el instrumento para sobrevivirlo.

A partir de ahí, se suceden tres apartados centrales con versos que crecen poco a poco sustentados en conceptos físicos como materia, espacio y tiempo. No ha de extrañar, pues este último poemario de Elena

Felú radica más que nunca en la palabra y en la exploración de sus significados, por medio de analogías que remiten al campo semántico de las ciencias de la naturaleza. Así, por ejemplo, la vivencia personal es extrapolable a aconteceres del universo como los poetizados en *Espacio vacío* («Los astrónomos describen el espacio / como una inmensidad / huérfana de materia: / la ocupa de promedio / algo menos de un átomo / por cada metro cúbito. // El universo / es una gran ausencia» [31]); e incluso se asemeja al devenir de algunas formaciones geológicas («El tiempo se derrama / a través del espacio perforado. / Se vierte gota a gota / sobre este suelo yermo. / Tal vez el resultado sea un pozo / si da con una roca impermeable» [37]). Sucede así porque ese acontecimiento que es el deterioro de la relación se empeña en buscar respuestas por los cauces más inesperados. En esta ocasión, por las entrañas de la tierra o por esferas más alejadas y, además, con un nuevo lenguaje que aporta el confortable consuelo de saberse parte de un todo, de un mundo que conoce sobradamente las consecuencias del desgaste (sea del tipo que sea), pero también la capacidad de adaptación y resiliencia.

Esa forma de observar y observarse en el reflejo aparentemente *apoético* de lo científico se hermana con la mirada filológica de la poeta italiana Paola Laskaris en su *Ecdótica del amor* (Madrid: Pigmalión Poesía, 2014), igualmente novedosa e interesante. Elena Felú da un paso más, sobre todo, en el poema «Escritura» con el que cierra la quinta sección, pues en él aúna ciencia natural y metapoesía en una clara simbiosis: «Las palabras se ordenan / creando una estructura cristalina, / como en los minerales, cuyos átomos / se disponen de forma geométrica. / La red de relaciones, los enlaces / sostienen el poema y le confieren / su brillo o matidez, / su opacidad, / su transparencia» (75).

Se puede decir, por tanto, que Elena Felú habla, con plena conciencia lingüística, de un amor otro (distinto, uno más), que finaliza con tristeza pero sin desgarro. Y lo hace en versos que no tambalean, pues no incide en la pérdida sino en el vacío. Tal vez porque el mero hecho de decir el amor y atravesarlo es en sí una incuestionable forma de resistencia o porque cuando se malogra este sentimiento que Lacan definió como encuentro entre dos exiliados, es preciso iniciar con renovada fuerza un nuevo exilio.